

III Jornadas Nacionales sobre estudios regionales y mercados de trabajo. Universidad Nacional de Jujuy (Facultad de Cs. Económicas y Unidad de Investigación en Comunicación, Cultura y Sociedad de la Facultad de Humanidades y Cs. Sociales) y Red SIMEL, San Salvador de Jujuy, 2014.

Hacia la construcción de nuevos modelos de relaciones laborales: de la verticalidad a la horizontalidad, de la heteronomía a la autonomía, de la imposición a la participación.

Nieva Moreno, Gabriela, Hessling, Franco y Guerrero, Mariano.

Cita:

Nieva Moreno, Gabriela, Hessling, Franco y Guerrero, Mariano (2014). *Hacia la construcción de nuevos modelos de relaciones laborales: de la verticalidad a la horizontalidad, de la heteronomía a la autonomía, de la imposición a la participación. III Jornadas Nacionales sobre estudios regionales y mercados de trabajo. Universidad Nacional de Jujuy (Facultad de Cs. Económicas y Unidad de Investigación en Comunicación, Cultura y Sociedad de la Facultad de Humanidades y Cs. Sociales) y Red SIMEL, San Salvador de Jujuy.*

Dirección estable:

<https://www.aacademica.org/iii.jornadas.nacionales.sobre.estudios.regionales.y.mercados.de.trabajo/73>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eXuy/xeG>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVOS MODELOS DE RELACIONES
LABORALES: DE LA VERTICALIDAD A LA HORIZONTALIDAD,
DE LA HETERONOMÍA A LA AUTONOMÍA,
DE LA IMPOSICIÓN A LA PARTICIPACIÓN**

Gabriela Nieva Moreno (Universidad Nacional de Salta)
Franco Hessling (Universidad Nacional de Salta)
Mariano Guerrero (Universidad Nacional de Salta)
gabrielaniemoreno@gmail.com

Aportes críticos sobre el despliegue histórico del trabajo como lugar de socialización

El vínculo entre humanidad y naturaleza: un relato polisémico

La cuestión de cómo el ser humano se vincula con la naturaleza siempre ha sido causa de preocupación, cavilación, y discusión. Decir “siempre” tal vez sea excesivo y de poca monta académica por eso tal vez lo correcto sea resumirlo en un lacónico “desde tiempos inmemorables”, o tal vez apelar al conector literario “desde tiempos remotos”. En la tradición occidental esas temporalidades al menos se retrotraen a los filósofos de la naturaleza, los pre-socráticos de algunos siglos a.C. que concentraban su preocupación en los comportamientos del entorno natural, y las categorías ontológicas ecuménicas. Entre ellos Tales o Heráclito fueron figuras relevantes, ambos con una predilección hacia el agua para sus metáforas.

La Edad Media se ocupó con mayor énfasis de los encuadres mentales sistemáticos, tanto religiosos como epistemológicos; así fue como se centró la preocupación en las categorías que clasifican al mundo, en tanto ordenamiento lógico que permitiese fraguar y universalizar las concepciones. En honor a la verdad historiográfica esta preferencia se inscribe en un segundo lugar dentro de las preocupaciones del medioevo, siempre atrás de la cuestión metafísica, aquello que está por fuera de la materia, de lo tangible observable. Fue la era de una relación con la naturaleza mediada por la sacralización, por la concepción de que todo lo telúrico es imperfecto, tanto el ser humano como cada átomo de materia que compone lo palpable.

Por aquellos siglos, sobre todo los previos al genocidio colonizador del siglo XVI, los pueblos originarios precolombinos pregonaron sus propias percepciones sobre la naturaleza, sobre el vínculo con ella, y sobre las maneras de relacionarse. Para ellos, haciendo la vista gorda de sus diferencias intrínsecas, la dicotomía entre naturaleza-cultura no tenía sustento por lo que sus construcciones míticas, colectivas, simbólicas, racionales y espirituales ponían como eje vertebral a la Pachamama. Tanto es así que sus calendarios de siembra, por ejemplo,

estaban organizados en torno a fenómenos naturales como los rostros de la luna. Gran parte de la plataforma mitológica y teológica del Imperio Inca tenía como protagonistas a la luna o al sol. Basta con decir para cerrar esta salvedad de nuestra historia que esta relación fue silenciada, desaprendida, acallada, y violentamente arrebatada con la evangelización de la impronta colonizadora.

Ya en la era de la ciencia moderna, de R. Decartes, F. Bacon y R. Boyle para acá, la relación que el pensamiento humano le atribuyó a la naturaleza fue la de espacio de lo extensivo que debe ser puesto a consideración para su dominación, para su aprovechamiento efectivo, positivo. De allí la primer tradición de la ciencia, propia de las ciencias duras, la positivista de tradición galileana según se la conoce en la filosofía de la ciencia. La naturaleza está dada, por ello hay que descubrir sus comportamientos, y construir métodos y herramientas que nos posibiliten co-accionar sobre ella en pleno beneficio de la especie humana. Claro, en aquellos momentos las visiones sobre la especie humana eran tan estrechas que muchos seres eran condenados a la esclavitud o la postergación congénita en el mejor de los casos, tal como hemos visto para el caso de los nativos americanos (Mardones, 1989).

La modernidad industrial y la modernidad tardía, el capitalismo informático, la sociedad del conocimiento, o la post-modernidad –en tanto que momentos históricos sincrónicos, no que fenómenos idénticos-, se caracterizaron por exacerbar a tal punto esta visión de la naturaleza que llegaron a definirla como una serie de recursos, los cuales se podrían clasificar como renovables y no renovables atendiendo a las necesidades humanas. Ciertamente las necesidades humanas además se ampliaron de tal manera que muchas urgencias nada tienen que ver con la supervivencia, la infame “calidad de vida” justificó que se consideren condiciones mínimas de existencia la obtención de suntuosos bienes materiales. Todo ello se combinó al punto de confundirse con una mercantilización de la naturaleza puesta más que al servicio de la humanidad –como pretendían los positivistas- en franca esclavitud al capricho fetichista de la cultura consumista.

Todo esto demuestra que la relación del ser humano con la naturaleza no sólo ha mutado y reconocido divergentes ecuaciones sino que además tiene implicancias ostensibles en la forma de organización social, en las tramas de relaciones de poder, en las dimensiones éticas de los sujetos, y en las construcciones imaginarias –sean míticas o ideológicas- que se disputan en la arena comunitaria. Es que el ser humano, parte integrante de la naturaleza, partícula del universo, animal con capacidad de razonamiento, es la única especie que puede

prever, revisar reflexivamente y hasta debatir cómo relacionarse con el resto del medio ambiente.

Ahora bien lo que nos interesa en este escrito es poner el foco en una de las formas en que se manifiesta esa manera de vincularse con la naturaleza que tienen los seres humanos: el trabajo. A decir verdad resulta simplista la clásica definición del trabajo, simplista y anacrónica, sin embargo nos será útil partir de ella para poder hacer el recorrido epistemológico-analítico que nos permita concluir en las concepciones actuales del trabajo.

Esa definición canónica, citada por teóricos de la economía política, tanto como por antropólogos o científicos sociales, es la que lo menciona como *toda transformación humana sobre la naturaleza* (Marx, 1946). De allí que una introducción al tema tal como la hemos planteado, venga a problematizar, complejizar – y quizás desdeñar – esta definición, pero no sin dejar de considerar relevante la influencia de las relaciones establecidas entre el ser humano y la naturaleza en la concepción del trabajo.

La complejidad socio-política del trabajo: un acercamiento desde la economía política y la sociología

En primer lugar podrá musitarse que en el mismo momento en que el trabajo esclavo u otras variantes de relación de dominación vienen a intervenir en las relaciones de poder, la transformación humana de la naturaleza para algunos está mediada por la fuerza de trabajo de otros. Ese argumento es absolutamente válido, más aún podrá pensarse inclusive que en la actualidad algunos mencionan con el verbo “trabajar” a hacer negociaciones, tener reuniones, o producir este tipo de textos. Eso incluso ampliando la idea de transformación sobre la naturaleza a transformación sobre el entorno material.

En segunda instancia bien podrá decirse también que el rol de los sabios o los dirigentes políticos de la antigua Grecia o del Imperio Romano, tanto como sus líderes espirituales, también eran fructíferos trabajos. Por supuesto que esto es indiscutible, sin embargo lo que se intenta bosquejar con esta triada conceptual (entorno - ser humano - trabajo) es que las discusiones, y sus respectivas divulgaciones entre otras labores, en torno a cómo comportarse frente a lo exterior, a lo extensivo a uno mismo y a la especie, es determinante dentro de la manera en que se ha ido concibiendo el trabajo.

No obstante, y por las restricciones que nos imponen los límites formales de las convenciones científicas, sortearemos la puntillosa trayectoria histórica que esa triada conceptual ha recorrido para abocarnos a sus últimos y más recientes eslabones, en aras de

anticiparnos a gérmenes de relaciones socio-laborales que pueden sucederse en lo próximo, en las décadas venideras. Por ello nos concentraremos en la división social del trabajo, en la división internacional del trabajo, en el trabajo asalariado y en los cuentapropistas emergidos de un sistema de flexibilización laboral tendiente a favorecer la merma en los costos empresariales.

En ese caso, y tal como irá sucediendo a lo largo de toda esta ponencia, iremos nutriendo esa matriz ternaria con otros conceptos periféricos o centrales en estos abordajes de la situación actual. Podrá notarse, casi sin hacer grandes elucubraciones, que será insoslayable traer a colación la dimensión económica que ha ido haciendo mutar las interacciones entre la tríada matricial. La economía no es sinónimo de mercado, ni la economía de mercado es sinónimo de capitalismo tal como nos lo apuntará ya F. Braudel (Braudel, 1985; citado por Kempf, 2010). La economía son las relaciones de intercambio, mientras que la economía de mercado son los intercambios producidos con un atisbo de racionalización especulativa, y el capitalismo es el sistema que privilegia la búsqueda de la ganancia, de la acumulación, y que se sirve del mercado como escenario de interacciones.

Retomando entonces el foco en la división social del trabajo, vale recuperar la sencilla dualidad que el sociólogo E. Durkheim hacía de los tipos de sociedad clasificando por un lado a las sociedades simples y por otro a las sociedades complejas. En las primeras no se había desarrollado esta división del trabajo mientras que en las segundas se gestaba una segregación de las funciones que complejizaba la dinámica social ya que inevitablemente la auto-suficiencia individual se extraviaba en la inter-dependencia que este sistema proponía. De esta manera se iban creando lazos de correspondencia mutua, al tiempo que se avanzaba no sólo en la parcialización de las funciones sino también en la especialización en tal o cual faena (Durkheim, 1893).

Este paso no es propio de la modernidad, al contrario bien podría decirse con una grosera pero no incierta categorización, que la división social del trabajo se hace presente en los albores de la era cristiana. Se ha ido desarrollando con la celeridad característica de aquel momento histórico, con paso cansino pero firme, dando como consecuencia una total y actual imposibilidad de auto-suficiencia a las unidades familiares o a los individuos. Este método, según algunas perspectivas básicas de la sociología, es uno de los factores que ha supuesto el avance hacia las sociedades abandonando las comunidades –a pesar que las comunidades ya tenían su división del trabajo-.

Puede notarse un rasgo muy significativo de cambio de mentalidad con la irrupción de la separación de tareas sociales, el productor deja de producir para sí mismo o para sus más allegados, sino que produce con vistas al intercambio con otros; aunque esto esté naturalizado en la contemporaneidad, ha sido un proceso substancial para el desarrollo de las relaciones de producción. Marx hace un exquisito recorrido por este proceso, que tal como ese término lo dice, se ha tratado de vicisitudes sucesivas y no de un suceso abrupto y súbito. Allí pueden hallarse los orígenes de la economía, entendida como ese espacio de intercambios e interacciones atravesadas por la necesidad de completar el abastecimiento, la supervivencia (Marx, 1946).

El giro de mentalidad se resume en producir para intercambiar, intercambiar para complementar aquello que produzco con el resto de materiales que necesito para sobrevivir. En términos psicológicos, en los que no se intentará ahondar, seguramente esto tiene una repercusión determinante, de alguna forma se trata de producir para otro, que en el mejor de los casos no se trata de un patrón pero sí de otro abstracto, omnipresente, ese otro denominado mercado. Entonces, siguiendo con la delicadesen intelectual de Marx, bien podríamos decir que el giro de mentalidad se da ya en pleno desarrollo de una economía de mercado, con un intercambio desarrollado, ya que los primeros intercambios eran irregulares y fortuitos.

Por su parte la división internacional del trabajo se desarrolla muy posteriormente, ya en pleno auge de la modernidad, con la emergencia de los Estados-nación, y con el tablero de imperios y colonias trazado. Esta división tiene un rasgo más político que social, está apuntada a describir el papel que ocupan a escala internacional las economías nacionales, por eso es útil conocer los procesos que cada Estado atravesó hasta consolidarse como nación unificada, de allí este tablero de imperios y colonias, de dominados y dominadores, de verdugos y oprimidos. Hay economías que, en tanto que naciones independientes, al mismo momento de su nacimiento estaban firmando empréstitos –Argentina en 1824- o relegando escalones estratégicos en el desarrollo industrial, mercantil y hasta científico.

Aquí es capital recuperar lo aportado por I. Wallerstein, muy difundido en las ciencias sociales, con respecto a que hay economías-países centro, y otras que pertenecen a la periferia –reconociendo también roles intermedios-. De la misma manera que en la dinámica del capitalismo doméstico los dueños de los medios de producción son quienes se apropian de la ganancia, del excedente, en la división internacional del trabajo algunos países se abocan a

producir materias primas y otros a industrializarlas y comercializarlas, con lo cual se apropian en saldo positivo del intercambio de divisas (Wallerstein, 1979).

Además de las lecturas de I. Wallerstein en este punto bien puede problematizarse la comprensión de estas dinámicas retomando los postulados por un lado de la CEPAL de los años '70 como así también los anclajes teóricos de la teoría de la dependencia. Ambos se preocuparon por las ideas de desarrollo y sub-desarrollo –adoptando posturas diversas al respecto- y sobre el desbalanceo de la circulación de flujos, capitales, tecnologías y otros recursos del ir y venir capitalista. R. Prebich, Cardozo y Faletto, Marini, Sergio De La Peña, y A. Negri son algunos de los que condimentaron las discusiones en torno a esta división internacional del trabajo arbitraria, que ha sabido impartir hasta diatribas ideológicas para mantener al vilo del anhelado salto de calidad a los países postergados.

Germinación de una apertura conceptual y práctica sobre el trabajo

En el fondo una desventura: Libertad vs. Trabajo

Volcándose hacia el epicentro del enfoque se podrá retomar un antecedente histórico que si bien ya fue nombrado será necesario ampliarlo oportunamente para nutrir la perspectiva sociológica sobre la actual concepción acerca del trabajo. Nos vamos a referir a la idea sobre el trabajo que tenían en la antigua Grecia de Platón, la de los ciudadanos libres, las asambleas públicas, las prácticas deportivas y los profesionales de la retórica.

Como ya se ha hecho notar la libertad era un valor básico para aquellos primeros ciudadanos de la polis griega, en este sentido el trabajo no era un motivo de auto-suficiencia o emancipación como podría ser entendido ahora, mucho menos un derecho, el trabajo era fundamentalmente una demostración de debilitamiento de la libertad frente al imperio de las necesidades; es decir, cuando más se necesitaba trabajar más esclavo se era de las propias necesidades y por ende se adquiría menor estatus de libertad.

Esto se daba de esta forma ya que el trabajo estaba absolutamente reservado a la esfera privada, mientras que la política era aquello que creaba entramados sociales en el ámbito de lo público; podremos notar, como ya hemos marcado siguiendo la distinción entre sociedades con división del trabajo y sociedades sin ella, que esta sociedad tenía la característica de las sociedades simples en cuanto al trabajo emparentado con lo privado, pero tenía intercambios ya que había una división del trabajo social tal que inclusive algunos se ocupaban de tareas puramente intelectuales. En términos filosóficos el trabajo era síntoma de debilitamiento de la libertad y se reservaba a lo privado, mientras que el rol de hilo social lo tejía la política; la

vida, las necesidades, se relacionaban con el trabajo, mientras que la participación política con la libertad.

En estudios actuales de mercadotecnia y psicología social, haciendo una aberrante extrapolación de conceptos, se distingue entre necesidades de subsistencia y necesidades de existencia (Garay, 2005), dentro de esta taxonomía podríamos alinear en el primer grupo al trabajo y las necesidades de vida que entendían los griegos, y en el segundo a la actividad política y la libertad. Las necesidades de subsistencia son aquellas directamente ligadas a sobrevivir biológicamente, mientras que las de existencia tienen que ver con las relaciones, las dimensiones emocionales, afectivas y sociales.

Puede resultar increíble que los griegos antiguos hayan relacionado las necesidades de vida con la carencia de libertad, pero un caso es paradigmático para darle verosimilitud a esta afirmación: el caso de Diógenes “El Perro”, referente de la corriente cínica. Cuentan que Diógenes llevaba a tal extremo esa creencia que sólo cargaba con una túnica y una esterilla para comer o beber cuando esa oportunidad se le presente; un buen día “El Perro” observó a un párvulo que tomaba agua de una corriente natural ahuecando sus manos en forma cóncava, la reacción fue inmediata, Diógenes se deshizo de su utensilio (Foucault, 2011).

De vuelta en lo que concierne a la ponencia, la concepción de trabajo como parte de la esfera privada que disminuía la libertad fue trascendentalmente subvertida en la división del trabajo que proponía la modernidad capitalista. El trabajo sería en primer lugar síntoma de una aparente libertad, se necesitaría de seres humanos libres para que sean asalariados, contratados, al tiempo que el trabajo pasaría a ser aquello que ocupe mayor tiempo en la vida de las personas, ergo se postularía como su función social, como una de sus principales vertientes de relaciones. Es decir, el trabajo pasará a un plano indiscutiblemente atribuible a la esfera pública.

Ese orden de cosas sólo fue concebido de esa manera a partir de la modernidad capitalista, y sobre todo de la fase definida por M. Weber como capitalismo racional occidental (Weber, 2010). En esta línea se hará inminente retomar algunas posturas tanto del padre de la sociología comprensiva como de K. Marx y F. Engels, ya que con sus diferencias, reconocieron el momento de la intromisión de la fábrica y luego de la industria, como formas de calcular las relaciones sociales y de producción, de racionalizar las ganancias, de transformar en ciencia al rendimiento de las fuerzas productivas. Esto se ha llegado a denominar la “razón económica”, al menos es la forma en la que lo sintetiza A. Gorz para poder criticarlo (Gorz, 1997).

La razón económica necesitó seres libres pero despojados de cualquier propiedad de medios de producción, en propiedad únicamente de sus fuerzas de trabajo, de allí la doble dimensión que Marx le imprime a esa libertad relativa: libres pero obligados a vender su fuerza de trabajo. En la “Acumulación Originaria”, el reconocido intelectual alemán satiriza esta realidad diciendo que los seres humanos han pasado de estar en opresión de los señores de la espada a la de los señores de la industria. En este punto puede verse que el trabajo, tanto en la esfera privada como en la esfera pública, ha conservado su rasgo de opositor a la libertad, sea en la democracia ateniense, en el imperialismo europeo, en el yugo financiero-monetario estadounidense, y más aún en el capitalismo informacional.

Emergencia del consumo, el entretenimiento y la individualidad como componentes de la subjetividad contemporánea del trabajo

La razón económica que empuja a una desigualdad aberrante, aunque dada en un contexto discursivo-político de igualdad, fraternidad y libertad, ha provocado severas “metamorfosis en el trabajo”, de las que se encargará de dar cuenta A. Gorz en su obra que lleva idéntico título (Gorz, 1997). Para partir del corpus conceptual que hemos presentado se dejará sentado que desde ya la razón económica propia del capitalismo industrial –que está impregnada por una exacerbación de la división social del trabajo y que sedimenta una división internacional del trabajo- considera al fenómeno económico como el permanente afán de lucro, y desestima a la naturaleza en cualquier otra condición que no sea la de recurso o mercancía.

Pero en este caso se hace imprescindible agregar un elemento clave de la racionalización capitalista, se trata del factor tiempo. El tiempo inserto en esta lógica de lucro y uniformización del valor económico, en términos de Marx, la universalización del trabajo abstracto, es decir la variable que permitió cuantificar el trabajo, sea cual fuere su cualidad, para igualarlos en un mercado de valores que regularice, dinamice e inste a los intercambios incesantes. Entonces ha sido el tiempo el factor en el que se concentró la racionalización, de allí que el trabajo en la era de la industria se haya transformado en la actividad central de la vida de las personas.

De todas maneras, esto no fue suficiente, sí necesario, para que ese sistema, modo de producción, espíritu de una época, imposición de una clase dominante, funcionase de forma aceptada. Seres libres sin más propiedad que su fuerza de trabajo, cuantificación del factor tiempo, posicionamiento de la naturaleza como fuerza productiva, alienación de los obreros y

desarrollo tecnológico debieron sumarse al fomento de una práctica fundamental: el consumo. Si el sistema no producía sujetos capaces de consumir, el círculo de la ganancia no se cerraba jamás.

Entonces el capitalismo necesitó re-plantearse en primer lugar cómo dominar el potencial revolucionario del obrero, para ello instrumentó técnicas de sometimiento al trabajo y de administración de las actividades que permitan disminuir la necesidad de saberes específicos para ejercer una función laboral industrial. Ese fue el paso del obrero especializado al obrero masa, tal como lo define B. Coriat en su trabajo sobre Fordismo y Taylorismo.

Ahora bien, el paso del obrero-productor al de trabajador-consumidor, en palabras de Gorz, si bien antecede a la génesis del siglo XX ya que es propio del abono de un salario, sólo se completó con esa automatización de las tareas que propusieron el Fordismo y el Taylorismo más el reconocimiento de que las fuerzas centrípetas de concentración de los medios de producción habían posicionado al proletariado como la clase consumidora por excelencia, por ello era necesario ampliar los salarios y crear una atmósfera de sobre-oferta y de mucho estímulo del signo-mercancía (Baudrillard, 2009).

La razón económica durante la revolución industrial y en las postrimerías del industrialismo –que antecede al capitalismo informático- comprendió a la perfección esto y se arrogó a los medios masivos de comunicación como sus principales aliados estratégicos, e hizo de la publicidad una ciencia, en lo que por ejemplo el epistemólogo Roberto Follari estaría de acuerdo en mencionar como una insolencia epistemológica. Vender al que trabaja para comprar, se convirtió en un desafío cultural, en una circulación del sentido económico consumista que corrió por cuenta de la publicidad mediática.

Además se le añadió una faceta a ese trabajador-consumidor, el individualismo, el miedo, la constante sensación de riesgo, que lo exhortó a refugiarse en sí mismo y sus seres próximos. En ese sentido el trabajo cobró todavía mayor fuerza como forma de inserción social, como manera de sostener vínculos más allá de la familia, como rasgo de identidad, y como función desempeñada en la arena comunitaria. El sujeto cada vez más precavido, individualista y pavoroso, yendo del “trabajo a la casa y de la casa al trabajo” como dirá Perón, encontró cobijo social en el signo-mercancía, es decir el consumo de bienes o servicios que implican una determinada significación social, y en el trabajo, es decir el lugar de la esfera pública donde se vende la fuerza de trabajo, como mecanismos de socialización.

El trabajo y el consumo, como caras de una misma moneda, sumadas a la inestabilidad característica de la cíclica capitalista –más notoria en su era financiera, acentuada luego de la segunda guerra mundial-, no dejaban de ser los motivos a los que aferrarse a cualquier valor. Por ello las condiciones de explotación se fueron agravando con la crisis del Estado de Bienestar hacia la década de 1970, y el individualismo con su correspondiente priorización de la urgencia personal, fue en desmedro del sindicalismo, el mutualismo y toda forma de organización de resistencia. De hecho hasta los convenios colectivos de trabajo perdieron valor en las negociaciones, optando los propios trabajadores por instancias individuales de transacción y discusión con la patronal.

A tal punto estas metamorfosis del trabajo modificaron las relaciones sociales, que se instalaron como trabajos remunerados sub-valorados a labores que anteriormente correspondían al servicio de esclavos –en la Edad Media-, o a la acción individual en el ámbito hogareño. Los trabajadores asalariados, absorbidos por el tiempo de trabajo más el correspondiente tiempo de entretenimiento y consumo, debieron girar algunos de sus gastos a contrataciones en condiciones de sub-empleo a los trabajadores desempleados que fueron expulsados de la maquinaria laboral. Empleos domésticos, servicios de gastronomía, vigilancia o mantenimiento del hogar, cobraron fuerza de fuente de ingresos para los más marginados.

Vale decir que esto demuestra hasta qué punto el trabajo se volvió el espacio de interacción social por antonomasia, dado que la división del trabajo ganó tanto terreno que muchos especialistas se destacan con creces en su área de trabajo pero deben contratar, comprar o procurarse todo el resto de actividades que hacen a su subsistencia y a su existencia. Este automatismo y exacerbación de la especialidad no hace más que quitarle acto creativo al trabajo, convirtiéndolo en una práctica robótica, autómata, monótona y deshumanizante. Incluso las tradicionales técnicas artísticas, por su condición de mercancías y la correspondiente especialización exasperada de los artistas, se vuelve un acto en el que pareciera que el mérito es aprender a fingir dramáticamente la emoción más que emocionarse.

La economía social: una alternativa al margen del industrialismo y el capital financiero

Indudablemente la intromisión de la era digital ha significado una nueva configuración de las relaciones de trabajo, y de las dimensiones del trabajo. Aunque esta novedad no significa de ninguna forma una ruptura con su proceso antecesor del que se ha dado cuenta en los apartados anteriores, bien puede decirse que algunos rasgos han aumentado de forma

excelsa como el automatismo o la individualidad, mientras que a consecuencia de ello han tomado fuerza otras características antes más aisladas.

A su vez el emplazamiento de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, con su correspondiente interactividad e hiperactividad, dan forma no sólo a innovadores modos de plantear el trabajo (el diseñador gráfico que está radicado en un lugar pero trabaja para una empresa que se encuentra en otro país, o las redacciones desmembradas de los portales digitales, entre otros), sino además a una idea de participación social des-corpórea, virtual.

En este sentido el trabajo ya no se presenta como el principal hilo conductor de las relaciones sociales, ya que la complejidad binaria trajo consigo las redes sociales en las que el contacto mediatizado es tan valorado como la interacción inter-personal. Sin embargo no es preocupación de esta ponencia ahondar en los pormenores de la red internet, ni de las relaciones digitales, simplemente se pasa revista de las implicancias generales que tienen y cómo repercuten en la preocupación que nos compete.

Se ha dicho que algunos rasgos del industrialismo y el capitalismo financiero se han potenciado suscitando algunas réplicas inminentes. La dialéctica entre explotación-dominación que caracterizó la franja histórica previa se ha transformado en la preocupante dialéctica de exclusión-inclusión, en la que el umbral entre los que están insertos al sistema y aquellos que quedan aislados se agravó surcando desigualdades que en términos de sistema son insalvables; debido a ello surgen con reverdecida urgencia formas alternativas de asociación, de cooperación mutua, de colectivización, de agrupamiento y de vínculo social, orientadas no sólo a las necesidades de existencia sino también a las necesidades de subsistencia.

A esta impronta se suma la hiperactividad y multi-actividad que caracteriza a las generaciones nacidas en el entorno digital, lo cual también hace proclive una reivindicación del tiempo libre, de una concepción auto-determinada del trabajo, y de formas de asociación pertenecientes al campo de lo cooperativo.

En aras de una reivindicación de la humanidad en oposición al automatismo, y del trabajo creativo colectivo y organizado como resistencia a la alienación asalariada, se gestan y multiplican experiencias con un ímpetu propio, conocidas como economía social. Es aquella dimensión alternativa para imbricarse en el mercado, con una acepción del trabajo que se distancie de la histórica tradición que lo confronta con la libertad.

Si bien este tipo de organizaciones no es propia de esta época histórica, ciertamente el rol cabal que ha empezado a ocupar como plataforma de contención para los que están del costado de los excluidos ha hecho que incluso los Estados Gubernamentales tengan que ocuparse, políticas públicas mediante, de garantizar la proliferación de cooperativas, mutuales solidarias, y proyectos englobados en la economía social. Esto conlleva no sólo las experiencias en sí mismas sino la incrustación de otros valores sociales y otras formas de relacionarse tanto con el trabajo, como con los demás; una franca ruptura con el individualismo atomizador, entre otras cosas.

Hacia la autogestión

Una aproximación al concepto de Economía Social

Si se proyecta hacia futuro constituir nuevas formas de organizarse productivamente, no puede obviarse el movimiento de Economía Social, que si bien no es reciente, ha resurgido y cobrado mayor protagonismo luego de las consecuencias del neo-liberalismo en el país y en la región. Fábricas recuperadas, ferias de trueque, mutuales, cooperativas, son algunas formas que toma esta economía alternativa, que intenta mostrar su faceta social más que económica.

Un aspecto que subyace a su definición, consiste en su denominación. Economía social, o solidaria, o popular, o comunitaria, o alternativa, o contra-hegemónica.

Por un lado algunos autores distinguen concretamente economía social de popular. Incluyendo el segundo concepto en el primero. Con esta orientación, Elgue se pronuncia claramente “En nuestro punto de vista, la economía social no contiene exclusivamente a las actividades domésticas o de subsistencia, de pequeña envergadura” y prefiere denominarla de economía solidaria o popular. (Elgue, 2011)

Siguiendo con esa lógica, Coraggio indica que “La economía social no es la economía popular, menos aún es la economía de los pobres. Una economía social comienza a surgir cuando las personas y familias, con el reconocimiento y apoyo de los actores públicos, cooperan en comunidades, asociaciones y redes, porque advierten que son artífices de una parte al menos de sus condiciones de vida y que la solidaridad es no sólo un valor sino una necesidad para sobrevivir o para vivir mejor” (Coraggio, 2008). Sin embargo, no es determinante, ya que en otra publicación, más profunda y rigurosa, engloba todas las denominaciones en pos de forjar una idea global del movimiento, y no distinciones separatistas. (Coraggio, 2011)

En esa orientación, sin ser tan explícitos, se encuentran los autores que no plantean una distancia entre las diferentes denominaciones y admiten a todas como partes de un movimiento con características similares. Para Daza “la economía social o economía popular o solidaria son nombres que se dieron o dan a una alternativa de economía a la de mercado.” (Daza, 2008)

Para Caracciolo Basco y Foti Laxalde “las unidades económicas de las llamada economía social, solidaria o popular y las unidades económicas de las economía empresarial se diferencian en función de la relación social o forma social del trabajo utilizado al interior de estas organizaciones.” (Caracciolo Basco y Foti Laxalde, 2003)

En función de lo expuesto, podría considerarse que no existe respuesta única y que sería un grave error pretender decidirla con la imposición de un nombre. Las diferentes experiencias, internacionales, latinoamericanas, nacionales o locales que intentan enarbolar una economía “con rostro humano”, sea de mayores o menores magnitudes no deberían encontrar en su denominación una barrera a la hora de conformar redes, intercambios, apoyo, asesoramiento, o cualquier tipo de construcción colectiva.

Hecha esta aclaración, se puede avanzar hacia una definición más concreta.

Para distinguir a esta forma alternativa de organizarse económicamente, hay que hablar de una Economía Social, con nombre y apellido. Que la economía sea social podría ser visto incluso como una afirmación redundante, pues cualquier economía de hecho es social. Sin embargo, está definición cobra sentido ya que sintetiza un esfuerzo por recuperar lo social en la economía.

La primera aparición del concepto de Economía Social en estudios económicos se remonta al siglo XIX. Fueron autores de renombre, tales como John Stuart Mill y Leon Walras, los que apodaron con tal término a las innovadoras organizaciones que se iban creando como respuesta a los nuevos problemas sociales que la incipiente sociedad capitalista generaba.

La delimitación conceptual más reciente fue realizada el año 2002 en la Carta de Principios de la Economía Social, promovida por la Conferencia Europea Permanente de Cooperativas, Mutualidades, Asociaciones y Fundaciones. En ella se reseñaban los siguientes principios:

- Primacía de la persona y del objeto social sobre el capital
- Adhesión voluntaria y abierta

- Control democrático por sus miembros (excepto para las fundaciones, que no tienen socios)
- Conjunción de los intereses de los miembros usuarios y del interés general
- Defensa y aplicación de los principios de solidaridad y responsabilidad
- Autonomía de gestión e independencia respecto de los poderes públicos
- Destino de la mayoría de los excedentes a la consecución de objetivos a favor del desarrollo sostenible, del interés de los servicios a los miembros y del interés general.

La fundación CIESO (Centro de Investigaciones de Economía Social) se refiere a la economía social como “un conjunto de actividades asociativas y de los movimientos sociales, que coinciden en los siguientes principios y características: la organización o empresa tiene por finalidad servir a sus asociados o a su entorno más que a generar beneficios; tiene autonomía de gestión; integra en sus estatutos y en sus formas de hacer un proceso democrático; defiende la primacía de las personas y del trabajo sobre el capital en el reparto de excedentes; funda sus actividades en los principios de participación, de hacerse cargo y de la responsabilidad individual y colectiva.”

CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) recopila varias definiciones y vincula a la economía social con relaciones de producción y distribución que están organizadas por el principio de solidaridad y que no persiguen el lucro. Indica que en Europa, la economía social se concibe en la actualidad como un “tercer sector”. Y por último, destaca sus principios: la organización sin fines de lucro, la gestión democrática, la independencia en relación al gobierno y el otorgamiento de servicios a sus miembros.

Caracciolo Basco y Foti Laxalde la caracterizan de la siguiente manera “La economía social se basa en relaciones no salariales e igualitarias entre los trabajadores que son los propietarios del capital, y por lo tanto del producto o servicio que realizan, y disponen de los beneficios que obtienen según el trabajo aportado.” (Caracciolo Basco, Foti Laxalde, 2.003)

Antecedentes y desarrollo de la Economía Social

Varios autores coinciden en considerar como antecedente de la economía social al cooperativismo obrero surgido de la resistencia contra la Revolución Industrial y el consecuente desarrollo del capitalismo. Robert Owen en 1832 creó la Labour Exchenge (Bolsa de Trabajo) en Londres. Otro antecedente muy importante es la cooperativa de consumo *Pioneros Equitativos de Rochdale* formada por obreros ingleses en 1844. Los principios adoptados por la misma fueron tomados como modelo en otros emprendimientos

similares donde primaron, entre otras, las ideas de igualdad política, educación cooperativa y reparto justo y periódico de las ganancias. Todo ello hace que hoy Rochdale sea conocida como la madre de las cooperativas.

Hacia las primeras décadas del siglo XX, los procesos sociales y económicos descritos fueron causa de la transformación de las cooperativas en convencionales empresas. Sólo les quedó en nombre. Hasta finales del siglo XIX las condiciones de vida y de trabajo del proletariado eran tan bajas que sus opciones eran someterse o sublevarse, pero por ese entonces la situación de la clase trabajadora comenzó a cambiar con el aumento de los salarios reales, el derecho a la organización sindical y con ella la posibilidad de parar las actividades, junto con la aprobación de las bases del Estado de Bienestar. Como consecuencia – intencional- los trabajadores perdieron el entusiasmo por la autogestión. La situación cambió en los `80 con la vuelta atrás de concesiones otorgadas a los trabajadores décadas atrás, el sector financiero se volvió hegemónico e impuso sucesivos ajustes fiscales y monetarios; y el libre comercio con el flujo irrestricto de capitales permitió a las transnacionales transferir cadenas de producción a países de bajos salarios y sin un verdadero Estado de Bienestar. Algunos de los aspectos característicos de las grandes empresas, tendientes a la atomización y al debilitamiento de la organización laboral, son abusos de regímenes de part-time o pasantías, alta rotación laboral y una clara política anti-sindical.

Es por eso que hoy es posible ver en diversos países un resurgimiento de la economía solidaria a partir de la contra-revolución neoliberal.

Educación, ciudadanía, género, bienes naturales ¿Cómo se configuran dentro de una economía alternativa?

Además de la familia, entre las primeras instituciones socializadoras y nidos de las relaciones humanas, se encuentra la escuela, caracterizada por una lógica similar a la ejercida en las fábricas. División de las tareas, de los tiempos (hasta con una campana o timbre), jerarquía vertical, pautas de comportamiento, disciplinamiento, toma de decisiones centralizadas, entre otras. Así, los niños y las niñas se empapan de esta metodología, de la necesidad de una autoridad paternal. Es indiscutible la repercusión de este sistema en la forma de percibir el trabajo; la condición salarial y su estabilidad, se convierten en un atractivo ineludible de los trabajadores.

El trabajo, además, funciona como organizador de identidad, da sentido de pertenencia, de sostenimiento del yo: soy ferroviario, soy metalúrgico, soy docente. (Piotti y

Lupiañez, 1999). Si a estas características se le agrega un “soy cooperativista”, la identidad individual se acaricia con la identidad colectiva, creando un proceso de desatomización, de construcción más allá del *sálvese quien pueda*. Es por eso que no sólo desde la currícula – incluyendo contenidos de asociativismo- sino desde las prácticas dentro de la escuela – participación, activismo-, se puede avanzar hacia la proliferación de estas prácticas.

A su vez, los ejercicios de la economía social deberían repercutir en una ciudadanía más protagonista. La lógica vertical de la empresa tradicional, donde el obediencia prima a la crítica, nubla la participación, influye en las formas en las que nos constituimos como sujetos políticos. Un civismo pasivo, donde se delega en quien nos representa las decisiones puede ser modificado por trabajo activo, colectivo. La organización desde la experiencia de economía social, puede trasladarse hacia una democracia participativa. Es menester destacar que si bien en todos los grupos se configura un líder de la mano de la lógica paternal, en las cooperativas, por ejemplo, emana de la asamblea y de la convicción de que es orgánico.

Por otro lado, la economía social está ligada al empoderamiento de las mujeres. Son numerosas las experiencias de emprendimientos con ellas como actrices principales, aunque los dirigentes sean varones¹. Si bien es una práctica más antigua, luego de las crisis del 2001 proliferaron los comedores comunitarios donde jefas de hogar de todo el país decidieron organizarse y trabajar de forma voluntaria como respuesta a una situación desbordante. A partir de allí se forman cooperativas, fundaciones, se recuperan fábricas con mujeres como protagonistas. La Red de Mujeres Solidarias, por ejemplo, tiene como objetivo el asesoramiento para elaborar y ejecutar micro emprendimientos y también desarrollan actividades de difusión, capacitación y talleres de diferentes temáticas relacionadas a la perspectiva de género. Esto debería poner en crisis la tradicional división del trabajo en base al género, que genere un mayor espacio para las mujeres en el ámbito público y la participación del hombre en el ámbito doméstico.

Por último, luego de haber puesto en debate la actual relación trabajo- naturaleza, se puede imaginar la misma dialéctica dentro de la economía social. Para ello, es necesario trascender una visión utilitarista de esta y convertir la noción de “recursos naturales” en “bienes comunes”. El Movimiento de Trabajadores Excluidos Cartoneros, por ejemplo, es una organización social, que agrupa a más de 2000 cartoneros de CABA y del conurbano bonaerense. Realizan un trabajo altamente beneficioso al medioambiente, recuperan

¹ Comentarios dentro del Taller *Mujeres y organizaciones productivas y cooperativismo*. 28º Encuentro Nacional de Mujeres, San Juan, Año 2013.

materiales reciclables, que de otra forma se enterrarían generando contaminación en la tierra y en las napas de agua, evitando que se talen miles de árboles. Como logros laborales, organizarse colectivamente les ha permitido la jubilación, obra social, aguinaldo, seguridad e higiene laboral y poder acceder a la tecnología.

En esta línea la estima de la naturaleza y el modo en qué es considerada, por ejemplo, da un giro hacia una idea de respeto, de perdurabilidad, de inter-relación y de sanación por las desconsideraciones ambientales del capitalismo salvaje (Kempf, 2010).

Experiencias de la economía social

Teóricamente, todo esto suena muy bien. Pero al constituirse una cooperativa, por ejemplo ¿puede esperarse que las relaciones se configuren como se han descrito? Es lo que intenta indagar la investigación actual dentro del CIUNSa. Al momento de esta ponencia, ésta se encuentra en la fase de construir un marco teórico y de herramientas de medición y análisis, que puedan extrapolarse a otras experiencias de la economía social. Sin embargo, por ser una muestra reducida y no representativa no se debería esperar que las conclusiones sean indicadores de características de la población.

Las cooperativas participantes son:

Esperanza: Se trata de una panificadora recuperada luego de la crisis del 2001.

INTI: Institución educativa

América Libre: Medios de comunicación

Vaqueros: Cooperativa textil

Una economía alternativa, popular, solidaria que no sólo se constituya como una fuente de ingresos para hombres y mujeres excluidos del sistema laboral – y hasta educativo-, sino también que se articule con la educación tanto formal como informal, con la soberanía alimentaria, con el acceso a la salud y con la participación ciudadana, que finalmente pueda fortalecer la conciencia social y la búsqueda de la emancipación de cualquier forma de dominación y desigualdad de derechos.

Bibliografía

BAUDRILLARD, J. (2009) *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

BRAUDEL, F. (1985) *La dinámica del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.

- CARACCILO BASCO, M. Y FOTI LAXALDE M.P. (2003) *Economía solidaria y capital social. Contribuciones al desarrollo local*. Buenos Aires: Paidós.
- CORAGGIO, J.L. (2011) *Economía Social y Solidaria. El trabajo antes que el capital*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- CORAGGIO, J.L. (2008) “La Economía Social como un marco de sentido para las relaciones entre la Universidad y las Comunidades en Economía social.” En *Para que el conocimiento nos sirva a todos*. 1ra Edición. Buenos Aires.
- DAZA, R. (2008) “Economía social en Economía social.” En *Para que el conocimiento nos sirva a todos*. 1ra Edición. Buenos Aires
- DURKHEIM, E. (1893) *La división del trabajo social*. Disponible en http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/D/Durkheim,%20Emile%20-%20Division%20del%20trabajo%20social.pdf.
- ELGUE, M. (comp.) (2011) *Economía Social, desarrollo e inclusión. Emprendimientos e innovaciones locales y regionales*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- FOUCAULT, M. (2011) *El coraje de la verdad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GORZ, A. (1997) *La metamorfosis del trabajo*. Madrid: Sistema.
- GORZ, A. (1998) *Misericordias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires: Paidós.
- KEMPF, H. (2010) *Para salvar el planeta salir del capitalismo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- MARX, K. (1946) *El capital. Crítica de la economía política*. Volumen 1. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PÉREZ DE MENDIGUREN, J.P., ETXEZARRETA E., GURIDI ALDANONDO, L. “¿De qué hablamos cuando hablamos de Economía Social y Solidaria? Concepto y nociones afines.” Disponible en http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/cas/perez_etxezarreta_guridi.pdf Visitado el 18 de junio de 2014.
- PIOTTI, L y LUPIAÑEZ (2002) “Análisis institucional y vínculos de convivencia escolar: el desafío de construir el nosotros en las instituciones educativas”. Córdoba. Comunicarte.
- POLANYI, K. (1979) “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado”
- WALLERSTEIN, I. (1979) “El moderno sistema mundial”. México: Siglo Veintiuno Editores.
- WEBER, M. (2010) “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”. Buenos Aires: Prometeo.